

Un memorable Carrasquilla en novela gráfica

Simón el Mago

TOMÁS CARRASQUILLA
CARLOS DÍEZ ARANZAZU
(ilustración)

Fondo Editorial Eafit, Medellín, 2016,
74 pp., il.

HE AQUÍ un libro extraordinario, que demuestra por qué Medellín continúa siendo, si no el principal, uno de los ejes de la vanguardia editorial e intelectual en Colombia. Por un lado, recupera un texto canónico de la literatura colombiana del siglo XIX, vindica el poder verbal y simbólico del mundo del autor, Tomás Carrasquilla; y por otro, insta una nueva perspectiva hermenéutica que demuestra las múltiples posibilidades abiertas por los textos literarios, si son bien aprovechados por gestores culturales para construir identidad regional y nacional.

Simón el Mago es el primer relato que escribió Tomás Carrasquilla. Fue publicado en 1890, en una antología que hizo Carlos E. Restrepo, quien dirigía en Medellín la tertulia El Casino Literario. Restrepo, previamente, había sido informado por varios amigos de que en el distante pueblo de Santo Domingo vivía un escritor inédito al que valía la pena impulsar. Entonces le puso a este la tarea —penosa si se mira desde hoy— de convertir en materia novelable la región: Antioquia. Carrasquilla, ya de treinta años, envió el relato, sin sospechar del todo que abría una caja de Pandora.

El título del cuento resume la historia. Como detalla en el enriquecedor prólogo el cineasta Víctor Gaviria, el apóstol Simón fue castigado con la muerte por su soberbia, al asegurar a la gente que se podían hacer milagros con la sola invocación de la palabra de Cristo. La palabra “simonía” hace referencia al respecto. Los protagonistas del cuento son el niño Antonio (Toñito) y la negra Frutos, empleada del servicio que idolatra al niño. La armazón narrativa del texto está organizada para privilegiar la anécdota: Frutos, analfabeta, pero con un don poderoso de narradora

oral, hipnotiza al niño con historias de duendes y bruja. El niño —curioso, inteligente, atrevido— aprovecha para preguntarle si él podría volar como lo hacen las brujas, y ella, irresponsablemente, le contesta que sí, si se unta aceite de misa y se pone una peluca. Aparece entonces en escena, como dice Gaviria, “el mundo del aquelarre y la orgía, antes de la religión” (p. 7). Antonio y Pepe Ríos, el compinche que ha conseguido para llevar a cabo su aventura, roban el aceite al cura del pueblo y arman sendas pelucas con los mechones de pelo que la mamá de Pepe ha estado guardando para vestir en Semana Santa la imagen del Nazareno. Con el fin de no afectar la lectura de quienes no han leído el maravilloso *Simón el Mago*, solo digamos que, en la penúltima escena, Antonio se apresta a volar desde el techo de un chiquero, mientras recita el conjuro herético: “¡No creo en Dios ni en santa María!”.

Simón el Mago, como lo recuerda bien Kurt Levy, biógrafo de Carrasquilla, le permitió a este ganar “derecho de piso” en la literatura regional antioqueña y, progresivamente, adquirir peso simbólico para ser convertido en texto canónico nacional a lo largo de la República Conservadora (1886-1930). Si bien la alusión al mundo de la brujería fue censurada, previsiblemente, por los profesores de colegios y autoridades intelectuales conservadoras, lo cierto es que otros como los católicos Antonio Gómez Restrepo y Rafael Maya le dieron el *nihil obstat* a mediados del siglo XX. Para los años sesenta del siglo pasado, el cuento era vendido por cientos en los planes de lectura escolares, en feos versiones publicadas por editoriales pasadistas (véase el ensayo de Juan Guillermo Gómez, “Reseñas, publicidad, distribución y piratería del libro de izquierda”, en *Colombia es una cosa impenetrable*, Diente de León, Bogotá, 2006), lo que habla de su valor literario.

Analicemos esa caja de Pandora que abrió Carrasquilla. Con *Simón el Mago*, el escritor antioqueño abrió varios caminos. Señalemos tres. El primero dio identidad a la narrativa antioqueña. Si bien el cuento utiliza un punto de vista narratológico convencional (el adulto que narra en primera persona un episodio de niñez,

con un eventual uso del discurso directo libre expresado en el habla de los personajes), introduce dispositivos propios de la tradición oral (la “oralidad primaria”, según el concepto de Walter J. Ong), y esto, como lo señala Raymond L. Williams en *Novela y poder en Colombia, 1844-1987* (1991), constituye un aspecto diferenciador de la literatura antioqueña. Carrasquilla configuró lo que para los costumbristas era novedad narrativa. Modesto en sus intenciones, no solía hablar de su “poética”, pero en este relato ya devela sus secretos de trabajo creativo, que después van a adquirir carta de identidad latinoamericana en novelas como *La marquesa de Yolombó* y *Hace tiempos*, en relatos como “Ligia Cruz”, y en esos cuentos extraordinarios que son “En la diestra de Dios Padre” y “Dimitas Arias”. La primera intención sistemática de Carrasquilla es capturar y darle forma al habla antioqueña como una característica cultural cerrada. *Simón el Mago* es una mina en ese sentido para los lingüistas y antropólogos, pues además incluye descripciones atentas de la vida material en la región: la comida, los juegos, la farmacopea popular.

De esta intención surge el segundo camino abierto: la construcción de un discurso sobre el negro en la narrativa colombiana, desde una perspectiva mestiza. El poderoso personaje que es Frutos (Fructuosa Rúa) debió implicar para Carrasquilla una agudización de la mirada sobre el problema. Frutos es una antigua esclava, probablemente chocoana, que ha vuelto a casa de sus antiguos amos en condición de sirvienta. Pero ella es, con Toñito, personaje central del relato, eso no hay que olvidarlo. Sobre Frutos recae el peso de la trama y su discurso es el que dispara el conflicto. En un observador ensayo de 2003, titulado “El imaginario afroamericano en *Simón el Mago*” (en *Estudios de Literatura Colombiana*, n.º 13, pp. 41-49), el profesor Edison Neira Palacio ha llamado la atención sobre este aspecto, ya que Frutos es quien introduce el motivo central del relato: la religión.

Lo que Carrasquilla demuestra en *Simón el Mago* es que la idealización y el fanatismo religiosos (...) solo conducen a reforzar el ocultismo, un campo de lo inexplicable

RESEÑAS		NARRATIVA GRÁFICA
donde impera el acto en lugar de la razón. (p. 48) La defensa del negro ante la inferioridad social que debía soportar en el mundo de la hacienda antioqueña es la narración oral religiosa, la memoria exuberante, que a su vez genera una nueva mixtión cultural a través de la cual se manifiesta la resistencia africana ante el altar católico de origen hispánico. Al final se impone, claro, la razón secular después de la paliza que le da el padre a Antonio. Como le dice don Calixto Muñetón, el intelectual del pueblo, al niño: “Sí, mi amiguito: todo el que quiere volar, como usted... ¡chupa!” (p. 70). Y el tercer camino que alcanza a abrir Carrasquilla con <i>Simón el Mago</i> es el de dar visibilidad al niño como personaje de gran valor literario. Esto lo revela con particular acierto Carlos Díez, el ilustrador del relato en la edición de Eafit. Antonio es el primer niño de la literatura colombiana que habla, piensa y actúa por sí mismo. Sus penas, preocupaciones, pedantería, temeridad, nos son reveladas con gran detalle visual en el cuento. La imagen memorable de Antonio en brazos de Frutos, mientras la escucha contar historias de brujería (p. 28), es poderosa al acentuar el elemento humorístico, que en el texto de Carrasquilla es más bien discreto. La publicación conmemorativa de este relato fundacional, hecha por el Fondo Editorial Eafit, en síntesis, aprovecha el estatus canónico ganado por <i>Simón el Mago</i> en 125 años y formaliza de modo ingenioso una reactualización hermenéutica sobre la que queremos llamar la atención. Porque esta propuesta expresa todo lo que se puede hacer con los textos clásicos en la tarea de llevarlos a una comunidad de recepción más amplia, inclusiva, que se apropie de ellos y los reinvente, tal como lo han sugerido Sarah Hirschman en <i>Gente y cuentos. ¿A quién pertenece la literatura?</i> (2011) y Doris Sommer en <i>The Work of Art in the World: Civic Agency and Public Humanities</i> (2014). El primer gran logro que tiene esta edición es convertir un texto canónico en un libro ilustrado, una novela gráfica. Ello no se hubiera podido lograr sin el aporte de ese gran narrador visual que	es Carlos Díez Aranzazu. Son ochenta ilustraciones que funcionan como un guion visual y le dan enorme vitalidad semántica al texto de Carrasquilla. Elaborada, según se describe en la presentación del libro, con “pluma, tinta Parker, un pincel y un poco de acuarela”, la narración visual acerca a los lectores juveniles al texto original, es decir, gana un nuevo público para la obra. El segundo logro es el prólogo de Víctor Gaviria, quien tenía todo el derecho a escribirlo luego de ser el director y guionista de la versión para cine del relato (1994). Con ello se dinamiza el poder intertextual de <i>Simón el Mago</i> y su vigencia en la actualidad. El tercer logro fue organizar en agosto de 2015 una exposición en la Universidad Eafit que permitió a los transeúntes recuperar para el presente el texto de Carrasquilla, acompañado de las ilustraciones de Díez. Los logros del libro no se hubieran dado sin la atenta vigilancia de la editora, Esther Fleischer. Ella introdujo un formato atrevido, ágil desde el punto de vista del diseño gráfico, para unir texto e imágenes. Probablemente la tipografía y la caja no se acaben de llevar bien, pero este es un lunar menor. El libro es perfecto para leer en voz alta, para llamar la atención en una vitrina de librería, para llevarlo a un día de campo y compartirlo con los niños. Tomás Carrasquilla es el fundador moderno de la narrativa colombiana y 125 años después nos sigue tocando a la puerta, tal como lo hacen los clásicos, en palabras de Italo Calvino. Este magnífico libro lo demuestra. Carlos Sánchez Lozano	